

PASAN LAS HORAS

Candela Llamas

Dirigido a niños/as de 7 a 8 años

El domingo es mi día favorito de la semana porque estoy acompañado. Espero en la cocina, junto al cuenco de la comida, a que mis dueños se levanten. No me permiten subir a la planta de arriba, donde están los dormitorios. Ese lugar es un verdadero paraíso lleno de alfombras, colchones, mantas y almohadas. Escucho sus pasos; bajarán pronto.

La familia termina de desayunar; llega la hora del juego con los niños. Jesús, el padre, saca el transportín que guarda en el armario del pasillo y lo deja en medio del salón. Eso siempre significa que toca visitar al veterinario. Como hoy es domingo, no es posible; la clínica está cerrada. Margarita, mi dueña adulta, rellena el cuenco con una ración generosa de pienso. Soy el primero que se levanta y el último en desayunar. Me rasca la atigrada cabeza y comenta que vamos a dar un paseo por los alrededores de la urbanización. Nunca me han sacado de paseo, son costumbres de los humanos. Si la familia sale de casa, yo me quedo. Aguardo, ansioso, a que regresen. Les recibo con un ronroneo de bienvenida y restregones intensos contra sus piernas. Siento un inmenso amor por ellos. ¡Son tan buenos que me llevan de paseo! ¡Qué emoción! Raquel y Jaime, los pequeños de ocho y cinco años, aplauden la propuesta de los padres. Esta soleada mañana de febrero, no hace falta que luchen conmigo para que entre en el transportín. Lo hago voluntarioso, a pesar de no gustarme nada este espacio tan pequeño, en el que entra poca luz y apenas puedo moverme en su interior.

Margarita dice que va a comprar golosinas con los niños; nos veremos en la calle. Jesús levanta el transportín del suelo con brusquedad y salimos detrás de ellos. Camina deprisa hacia el

garaje; me mareo con el traqueteo. Abre el maletero del coche, me introduce dentro y da un portazo al cerrarlo que daña mis oídos. Al poner el vehículo en marcha, grito que faltan Margarita y los niños. El ruido del motor ahoga mi voz. Conecta la radio y, en ese momento, el comentarista celebra el gol que acaba de marcar uno de los equipos. Parece que lo único que le interesa en la vida es el maldito fútbol. Me tumbo. Apoyo la cabeza en las patitas delanteras e imagino el lugar al que me lleva de paseo.

El viaje me resulta incómodo. El transportín es el mismo en el que llegué al chalé con tres meses. No se han molestado en cambiarlo y tengo que contorsionarme para acomodarme dentro. El vehículo se detiene. No sé si estará fuera el resto de la familia. Debo esperar a que me saque del maletero para averiguarlo. Cuando, por fin, Jesús apaga la radio, escucho cantar a los pájaros. Varios perros ladran a lo lejos. También me llega el alborozo de unos niños que juegan al balón. El padre vuelve a caminar deprisa con el transportín en la mano. Ni una palabra amable al reencontrarnos: ¡qué manía tiene de no hablarme! Siempre he sabido que no le caigo bien. Me llama el gato, nunca se dirige a mí por el nombre: «¡Gato, ven aquí! ¿Qué hace el gato en mi lado del sofá?». Parece que no sabe que me llamo Serafín. Presiento que no va a ser un buen día. La intuición felina me eriza el pelo del lomo.

Nos detenemos debajo de un abeto adulto con un tronco inmenso. Mi dueño pega su alargada cara, con los ojos entrecerrados, al transportín. Sonríe y me tranquiliza. Dice que hemos llegado a un parque precioso en el que disfrutaremos de una estupenda mañana de domingo. No recuerdo que se haya puesto tan empalagoso conmigo en otras ocasiones. Abre el transportín; salgo con más miedo que curiosidad por el mundo exterior. Me acaricia el lomo y comenta que espere un momento tumbado en la mullida hierba, que va a buscar a Margarita y a los críos. ¡Maúllo aterrado para que no se aleje! ¡No será capaz de marcharse y dejarme aquí! Arranca el

coche. Desaparece de mi vista en la primera curva de la carretera. Me quedo solo en un terreno inmenso de color verde, lejos de casa, sin tener ni idea de cómo volver a la urbanización en la que vivo desde hace dos años.

Pasan las horas; no regresa. Tengo hambre y frío, el cálido sol de la mañana se escondió detrás de unos nubarrones al atardecer. Echo de menos mi mullida cama, con su mantita de forro polar. ¿A qué estarán jugando los niños? ¿Habrán notado que no he regresado con Jesús? No consigo alejar al miedo de mi lado. Me cuesta comprender qué hago en este parque. Si es un juego no tiene gracia. Maullaré alto para que me oiga Margarita y regrese a buscarme.

¡Qué aburrimiento tan grande! Daré una vuelta y así mataré el tiempo, sin alejarme por si se presentan mis dueños por sorpresa. Eso de ahí delante parece un grupo de gatos hambrientos. No sé si acercarme también. Me vendría bien tomar algo, desde el desayuno no he comido nada. Empujo; pido perdón, y me coloco el primero de la fila. Una señora rellenita, con una pesada bolsa de tela, nos coloca una lata (que desprende un delicioso olor a pescado) delante de cada uno de nosotros. La mujer se despide con palabras cariñosas y algunos mimos. Gracias a ella hemos cenado genial. Como no tengo nada mejor que hacer, charlaré un rato con estos mininos que parecen simpáticos

—Buenas noches, chicos. ¿La amable señora es de vuestra familia?

—Nosotros no tenemos familia, tío —me responde una gata blanca y gris de preciosos ojos azules—. Siempre hemos vivido en la calle. Somos gatos callejeros.

—¿No tenéis casa? —me quedo perplejo.

—A mí, por ejemplo, mi madre me parió en el jardín de esos bloques, debajo de una de las terrazas —aclara un enorme gato negro de largos bigotes.

No comprendo el tipo de vida que describen estos gatos. Creía que todos vivíamos en una casa, con una familia. Seguro que la mía me busca sin descanso y pronto me reencontraré con ellos. Mejor que vuelva al parque en el que me dejó mi dueño. En una carrerita llego enseguida. Por este jardín todo sigue igual de solitario. No hay ni rastro de mis queridos dueños. Se me van a hacer muy largas las horas encima de esta hierba húmeda. ¡Es imposible que pegue ojo con lo triste que estoy y el miedo que tengo!

—¡Oye, guapito! ¿No vas a parar de llorar en toda la noche? —me grita, Matilda, la preciosa gata blanca y gris, de muy malos modos.

—¡Echo mucho de menos a mi familia! —respondo entre sollozos.

—¡Qué plasta de gato! ¡Tanto llorar... y llorar...! Mira, macho, somos casi idénticos, pero a mí me abandonaron y no solté ni una lágrima. ¡Que se muera... esa gentuza! —Me saca la lengua un gato atigrado que podría ser mi hermano gemelo.

La tribu de los gatos elige varios coches para pasar la noche debajo. Decido guarecerme en uno gris metalizado, alejado del resto, no quiero molestar con mis lamentos. Lo único que me falta es enemistarme con mis iguales y que me echen del parque.

He perdido la cuenta de los días que llevo fuera de casa. Consigo controlar el llanto, con mucho esfuerzo, hasta que cae la noche. Entonces, la tristeza me ahoga, no soporto la soledad

compartida, a ratos, con el grupo de gatos callejeros. Al verme reflejado en un cristal, no me reconozco: se me ha enmarañado el pelo, estoy muy delgado y los ojos grises, con los que cautivaba a todo el mundo, ya no tienen el brillo intenso de antes.

El período de adaptación a la calle, durante estos meses, ha sido muy duro. He tenido suerte de encontrar a tres buenos amigos. Sin su ayuda no habría sobrevivido. Al principio se burlaban de mí. Me llamaban el señorito casero. Y el llorón. Ahora somos iguales, gatos callejeros condenados a vivir sin una familia que cuide de nosotros. Los cuatro nos hemos convertido en los veteranos del lugar; los más jóvenes nos respetan. Otros forasteros vienen y, al poco tiempo, desaparecen sin despedirse. Les gusta vagabundear. Mi grupo y yo preferimos la estabilidad; permanecemos donde nunca falta la comida.

En primavera, se está bien en el exterior, sin que nadie me diga lo que debo hacer. He aprendido a esquivar a los perros antes de que me vean; a trepar a los árboles y a llegar el primero al reparto de comida. Con mi carácter mimoso y sociable consigo enamorar a todas las alimentadoras. Lo que me molesta es que cada una me bautice con un nombre diferente; nunca sé si se refieren a mí o a otro. Los desalmados con los que convivía me podrían haber dejado con el collar de cuero que lleva mi nombre, así no habría problema para identificarme.

Falta un buen rato hasta el mediodía, que es el momento en el que aparece nuestra alimentadora, y hay un gran revuelo de gatos a la entrada del parque. Seguro que se ha acercado algún desconocido con comida. Como ninguno quiere llegar el último, y quedarse sin su parte, todos corren a curiosear. ¡Parece que gritan Serafín! ¡Me estoy volviendo loco! Voy también para el tumulto, no vaya a perderme algo importante.

¡Anda, mi madre! Ahí están los que me abandonaron. Me meteré debajo de un coche para que no me vean. ¡A buenas horas se arrepienten de su delito! Se habrán visto obligados a volver a buscarme por el llanto y las protestas de los niños. Los pobres no tienen la culpa de lo que hizo su padre. O mejor dicho sus padres, ella estaría de acuerdo desde el principio. Me querían de verdad, más de una vez los castigaron por dejarme hacer alguna de las cosas que tenía prohibidas en la casa. Jesús sigue igual de antipático. Con su espesa barba y la forzada mirada de miope cuando no lleva puestas las gafas. Apuesto a que se está preguntando: «¿Dónde se habrá metido el gato del demonio?». Y Margarita es la misma estirada de siempre. No mueve ni el cuello para que no se le despeine el largo flequillo. En nada, mirará el reloj, no va a invertir más de media hora en buscarme. Esa es la menudencia que valgo para ella.

—¡Tío, no te escondas! ¡Te buscan! ¿Esa es tu familia? —El gato negro señala hacia Margarita, Jesús y los niños.

—Sí, esa es. No quiero verlos. Me dejaron aquí, sin preocuparse de mi suerte, y ahora regresan porque no pueden vivir con su mala conciencia.

—¡No seas orgulloso, leche! Cualquiera de nosotros daríamos una patita por tener una familia como la tuya —me regaña el gato negro.

—¡Lárgate! ¡No volveré con ellos! ¡Que se mueran los cuatro!

Miro a los que se hacían llamar mi familia desde debajo del coche. Lo único que siento por ellos es indiferencia. No tengo intención de salir a su encuentro, al contrario, me alejaré unos metros para estar a salvo. Aunque creo que no es necesario. Mi gemelo se acerca a los cuatro

con un alegre trote. Va con la cabeza hacia arriba y la cola erguida como muestra de felicidad. ¡Este michino sí que sabe buscarse la vida! Pretende hacerse pasar por mí. Ronronea igual que yo. Esos intensos restregones me los ha copiado a la perfección. Consigue engañarlos. Entra en el transportín y lo meten en el maletero. Uno menos para la ración de la cena. ¡Adiós, amigo, buena suerte! ¡Nunca te olvidaremos!

Ha pasado el peligro, esos no vuelven por aquí. Podré vivir tranquilo. Aunque hubiese querido (que no es así) no podía marcharme con ellos. Estoy enamorado de la callejerita blanca y gris. Además, Matilda y yo seremos padres en mayo. Por esa razón nadie me separará de su lado. Mi familia felina puede estar segura de que nunca los abandonaré. No soy un irresponsable, como esos humanos que se acaban de marchar y que no reconocen ni a su gato.